

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO Y TOSTADO, *Las relaciones México-Venezuela, 1910-1960: Una perspectiva desde la diplomacia mexicana*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, 220 pp.

El estudio Felícitas López Portillo y Tostado documenta las relaciones diplomáticas entre México y Venezuela durante la primera mitad del siglo XX y muestra la complejidad de un conjunto de relaciones que transitan -como casi todas- del afecto a la ruptura y viceversa. Cincuenta años de conflictos diplomáticos parecerían pocos en la historia de aquellos países que en su ejercicio diplomático han consolidado una reconocida tradición en América Latina, que va desde la aspiración bolivariana por lograr la integración hispanoamericana en el siglo XIX, hasta la defensa mexicana de los principios jurídicos para la convivencia interamericana en el siglo XX. Sin embargo, a partir de los sucesos diplomáticos registrados recientemente entre México y Venezuela que reavivan la amenaza de ruptura, y que han dado muestras de la desazón entre ambos gobiernos, se requería con urgencia de un recuento histórico, de una amplia revisión y análisis crítico del devenir de estas relaciones que nos permita comprender por qué ocurre una ruptura y cómo podríamos definir a las relaciones mexicano-venezolanas hasta nuestro presente.

El libro de Felícitas López Portillo se sustenta en una amplia consulta de fuentes documentales provenientes de las correspondencias del “Libro Amarillo” del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, así como del archivo de concentraciones del acervo histórico diplomático mexicano de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Pero las fuentes más preciadas a las que acude son, sin duda, las referentes a las memorias de los diplomáticos del periodo, a los periódicos de la época, y a una minuciosa revisión de la bibliografía especializada del tema. Los historiadores saben que esta es una labor

de varios años, o como diría Roland Barthes a propósito de la historia y los historiadores “de sensibilidad excesiva, pero sobre todo, de sensibilidad dirigida, concertada, desviada hacia una significación que no sólo es construir a la historia como alimento, como veneno sagrado, sino también como objeto poseído”. En este sentido, Felicitas López Portillo nos ofrece un estudio que abarca medio siglo de historia en las relaciones de México y Venezuela, o mejor dicho, de relaciones y rupturas.

¿Cómo la autora logra hacernos comprender estas relaciones, estando Venezuela gobernada por regímenes dictatoriales, a excepción de los años que van de 1945-48? Habremos de señalar que entre las cualidades de este libro, está la de ofrecernos una selección de los acontecimientos históricos que tuvieron mayor peso para definir las relaciones diplomáticas entre ambos Estados. Así por ejemplo, Felicitas López Portillo nos hace transitar del periodo de entreguerras de la época nazifascista a la guerra civil española, pasando por las formas que asumiría el anticomunismo en América Latina durante la primera fase de la guerra fría. Sin embargo, la autora no sólo se detiene en aquellos acontecimientos que fueron definiendo las relaciones diplomáticas entre México y Venezuela, sino que también analiza comparativamente las relaciones de estos dos países con los Estados Unidos en su papel protagónico de gran potencia mundial del siglo XX.

El libro se estructura en cuatro capítulos. El primero nos remite a la historia de Venezuela durante los años del dictador Juan Vicente Gómez (1908-1935), y culmina con la junta de gobierno militar de 1948-1958. Pero como toda historia tiene un principio, este nos remite sin mayores pretensiones a los siglos XVII y XVIII, cuando existía un importante comercio de cacao entre Nueva España y la Capitanía General de Venezuela. Durante la gesta independentista de México, se hizo presente el interés de Simón Bolívar por los acontecimientos, ocupando más tarde la representación mexicana un destacado papel en el Congreso Anfictiónico de Panamá y que continuaría sus deliberaciones en la villa de Tacubaya por las gestiones del conservador Lucas Alamán.

No deberíamos olvidar que en la última década del siglo XIX, Venezuela vivió inmersa en las contiendas de los caudillos regionales que se disputaban el poder central y que terminarían en 1899, cuando Cipriano Castro y los andinos a quienes acaudillaba tomaron la capital venezolana. Se inauguró así lo que la historiografía ha denominado como la “era de los andinos en el poder”, y que abarca de aquél año hasta 1958, cuando fue derrocado el general Marcos Pérez Jiménez por una insurgencia popular. En este periodo, la autora analiza con mayor detenimiento el interregno protagonizado por la Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt (1945-48).

Para el caso de México se revisan las relaciones con Venezuela en el marco de las fiestas del centenario de la independencia mexicana en 1910, hasta los últimos días del gobierno de Porfirio Díaz; pasa revista a la política exterior de los gobiernos de Carranza, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, el maximato, el periodo cardenista, los gobiernos de Ávila Camacho, y concluye con Miguel Alemán, mostrándonos así uno de los periodos de mayor impacto del proceso modernizador mexicano y también de revolución social protagonizado por la lucha de las diferentes facciones ideológicas, hasta la consolidación de los primeros gobiernos posrevolucionarios y, por ende, del Estado mexicano.

Durante el porfiriato las relaciones de México con los países de América del sur carecieron de peso económico y político. Con estas naciones no se tuvo una relación permanente ni sistemática. Las representaciones diplomáticas tuvieron un carácter más bien itinerante y esporádico. Fue con Venustiano Carranza cuando la política exterior mexicana comenzó a redefinirse, sobre todo, en función de las constantes intervenciones de los gobiernos extranjeros que, como los Estados Unidos, aprovecharon el desacuerdo existente de las facciones revolucionarias del país. En junio de 1918, Carranza envió a su secretario particular, el señor, Gerzayn Ugarte como el representante oficial del gobierno mexicano ante Colombia, Ecuador y Venezuela. Un año más tarde, este personaje llegó a Bogotá con la misión de intensificar las relaciones con las repúblicas del sur, ex integrantes de

la antigua Colombia (Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá y Perú), además de concitar su apoyo al gobierno revolucionario y de dar a conocer la Doctrina Carranza promulgada para hacer frente a los embates de la injerencia norteamericana.

La ruptura entre el creciente poder revolucionario mexicano y el dictatorial gobierno venezolano, inició a raíz de las fuertes declaraciones de José Vasconcelos, rector de la Universidad de México (1920), dirigidas contra Juan Vicente Gómez, quien se sabía, facilitaba a las compañías extranjeras la exportación del petróleo venezolano, había acabado con el dominio del decimonónico Partido Liberal y gobernaba con un sentido patrimonial del poder que favoreció a sus allegados, quienes llegaron a tener en propiedad las mejores tierras del país. Es cierto que Vasconcelos abominaba a los militares, no obstante aceptaba a Álvaro Obregón porque le dejaba realizar sus afanes educativos y culturales. A la llegada a México de algunos refugiados políticos, víctimas de la dictadura gomecista, Vasconcelos lanzó de nueva cuenta sus críticas contra el dictador sudamericano. Después de una serie de rectificaciones oficiales derivadas de este incidente, las relaciones continuaron más o menos en el plano formal.

En septiembre de 1923 ocurrió otro suceso que tensaría con mayor repercusión las relaciones entre ambos países, cuando a unos cuarenta artistas integrantes de la compañía mexicana de revista, cuya cantante era Esperanza Iris, no se les permitió desembarcar en el puerto de la Guaira. Las explicaciones que el gobierno venezolano ofreció al mexicano fueron consideradas como “insatisfactorias”, porque no mediaba ninguna explicación sobre inmigración o sanidad, sino que simplemente se había dicho que existían “razones especiales extraordinarias”. Transcurrido un mes, la mecha prendió al hacerse públicas unas declaraciones vertidas contra México por el representante venezolano en Washington, Pedro Manuel Arcaya, durante una reunión de la Junta Directiva de la Unión Panamericana. El diplomático venezolano se había lanzado contra la tentativa de elegir a la capital mexicana como sede del próximo encuentro de la Comisión Interamericana de Comunicaciones Eléctricas. Como respuesta, el gobierno de Álvaro Obregón ordenó el cierre de su

consulado en Caracas y el retiro de los cónsules venezolanos en la ciudad de México y Tampico. Sólo a partir del año de 1930 comenzaron a realizarse las gestiones para el restablecimiento de las relaciones, mostrando Venezuela un especial interés. Pero no sería sino hasta el 24 de julio de 1933 cuando las relaciones de México y Venezuela fueron normalizándose. El embajador enviado por Juan Vicente Gómez a nuestro país era el prominente intelectual José Gil Fortoul, cuya misión consistía en estrechar los lazos de amistad, propiciar el intercambio comercial y difundir los logros del gobierno gomecista, quien no paraba de financiar la revelación de bustos de Bolívar por toda América, prácticamente hasta su muerte acaecida el 17 de diciembre de 1935. A la muerte del general Gómez le sucedió en el poder el general Eleazar López Contreras, quien no tardaría en reproducir los vicios de peculado y nepotismo.

El capítulo dos del libro está dedicado a la transición posgomecista y a los años bélicos. Desde la primera guerra mundial se puso en evidencia la riqueza petrolera de Venezuela, y el país se proyectó como un productor de petróleo de primer orden. La guerra misma intensificó la explotación del producto y el petróleo comenzó a ser el eje de una nueva economía que apuntaló la centralización del Estado y la modernización de la sociedad venezolana. No obstante, aquí es importante destacar el señalamiento de Felicitas López Portillo en el sentido de que aún faltan por ser estudiadas las repercusiones a todos los niveles que tuvo la nacionalización petrolera de México en Venezuela.

A mediados de la década de los años treinta, los principales esfuerzos de los diplomáticos mexicanos acreditados en Caracas se dirigirían entonces a desmentir las campañas contra el gobierno cardenista y sus medidas reformistas, las cuales se articulaban desde la prensa oficiosa del periódico *La Espera*, que contaba con el patrocinio de las compañías petroleras y el periódico *El Universal*, quienes achacaban a los comunistas todos los problemas huelguísticos enfrentados en México durante este periodo, así como a su líder laboral Vicente Lomabardo Toledano. *La Esfera* publicó las infundadas declaraciones de un inversionista llamado Enrique Pérez Dupuy, quien

afirmaba que el comunismo tenía un puesto de avanzada en México y que los diplomáticos de ese país acreditados en otras naciones hispanoamericanas estaban promoviendo la doctrina. Ante estas declaraciones, la cancillería mexicana no hizo polémica, pero la guerra civil española sería otro motivo más de discordia debido a que la solidaridad de México con la República no se hizo esperar desde el inicio de las hostilidades en julio de 1936. El gobierno del general Eleazar López Contreras no simpatizaba con la República a la que consideraba demasiado inclinada a la izquierda. Por supuesto que para importantes sectores sociales venezolanos y para muchos funcionarios públicos, el bando del general Francisco Franco representaba una garantía de orden y civilización, mientras que la facción contraria estaba compuesta por indeseables “rojillos” que amenazaban dinamitar las tradiciones heredadas. No obstante, al término de la guerra civil, Venezuela aceptó recibir refugiados españoles pero con la condición de que no fueran milicianos anarquistas o comunistas. En este lapso el representante del bando republicano en Venezuela, Rafael Martínez Pozueta fue calificado de “persona altamente perjudicial” para el país y después expulsado.

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial propició el mejoramiento de las relaciones entre México y Venezuela. Si bien, ambos países respondieron con cautela a los acontecimientos bélicos, no dejaron de aprovechar las circunstancias para promulgar políticas estatistas que buscaban una mayor autonomía de acción para sus gobiernos. Al quedar Venezuela como país proveedor del petróleo necesario para mover la maquinaria bélica aliada, ésta firmó un tratado de reciprocidad comercial con los Estados Unidos. La renta petrolera reafirmó su vocación importadora, mientras que los Estados Unidos mantuvieron su posición exportadora de productos manufacturados y de maquinaria.

El capítulo tres del libro está dedicado al estudio de la junta revolucionaria de gobierno y al golpe militar ocurrido en Venezuela, en 1948. El general venezolano Isaías Medina Angarita gobernó por un periodo de cinco años hasta la llegada del gobierno de coalición de políticos de Acción Democrática, cuyo presidente era Rómulo

Betancourt. En 1945 se reconoció al gobierno de Stalin y en octubre del mismo año se legalizó el Partido Comunista de Venezuela y se suprimió el artículo 32 de la constitución que prohibía las doctrinas comunistas y anarquistas. En diciembre de 1947 Rómulo Gallegos fue electo presidente en las primeras elecciones libres celebradas en Venezuela, pero sólo gobernaría nueve meses, pues el 24 de noviembre de 1948 fue derrocado por un golpe militar comandado por su ministro de Defensa, el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud y por el jefe y subjefe del Estado Mayor, tenientes coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, respectivamente, instaurándose así una Junta militar de gobierno. Aquí, Felicitas López nos explica que el gobierno de Rómulo Gallegos fue especialmente desorganizado y navegaba sin brújula, lo que dio cabida a las ambiciones políticas de los militares. En este caso, a través del canciller Francisco Castillo Nájera, México aplicó su tradicional política de principios con la Doctrina Estrada, que ante los frecuentes cambios de gobierno no otorgaba constancias de reconocimiento. Sin embargo, no se dejó de reconocer que las relaciones con Venezuela eran de enorme interés para el país.

Es interesante observar la manera en que el cuartelazo de noviembre de 1948 generó diversas reacciones en la opinión pública mexicana, como las del general Lázaro Cárdenas y Vicente Lombardo Toledano, quienes hicieron diversos llamados “a la clase obrera y a las masas populares para manifestarse contra tal embestida de la reacción”. Este hecho de fuerza inauguraba un periodo de gobierno militar de diez años (1948-58), en el que se echó a andar un proyecto modernizador con la entrada de capital extranjero y el fortalecimiento de las clases dominantes internas. En este periodo, ambos gobiernos tenían como objetivo la modernización y el crecimiento económico. Durante el periodo de Miguel Alemán Valdés (1946-1952), el representante mexicano en Venezuela, Eduardo Morillo Safa, fue instruido sobre el derecho de asilo que México concedía por razones humanitarias, asunto en el que debía proceder siempre con “el mayor tacto y discernimiento”. Y nunca fue secreto que el régimen militar venezolano mantenía óptimas relaciones con el gobierno alemanista,

el cual condecoró con el Gran Cordón del Águila Azteca a Germán Suárez Flammerich, Marcos Pérez Jiménez y a Luis Felipe Llovera Paez, miembros de la junta militar.

El capítulo cuatro y último del libro, corresponde al análisis de la política exterior del gobierno militar entre 1948 y 1958, periodo donde fue creado, dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores venezolano, una Dirección de Información Exterior cuya tarea sería la de propiciar el fortalecimiento de las relaciones comerciales con el extranjero, además de servir de propaganda y difusión cultural de la ideología bolivariana. Junto con esta labor se obsequiarían estatuas y bustos del libertador. Este capítulo es especialmente destacado porque en él se analizan las relaciones de Venezuela con el resto de los países de América Latina. El gobierno de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) llegaría a su fin por la insurgencia popular, hecho que llevó al militar a exiliarse en España. A partir de febrero de 1959, inaugurado el periodo llamado de la “democracia representativa”, la política exterior de Venezuela llevaría al país al aislamiento de su entorno latinoamericano, rompiendo relaciones con la Cuba de Fidel Castro y con la Argentina de los militares que derrocaron a Arturo Frondizi. En cuanto a las relaciones mexicano-venezolanas, no se registró ningún conflicto grave desde el derrocamiento de la dictadura perezjimenista, y México apoyó a dicho país en su querrela contra la República Dominicana por el atentado contra el presidente Rómulo Betancourt que casi le cuesta la vida. De este periodo no debemos perder de vista que en la décima conferencia de Caracas, efectuada en marzo de 1954, sería la representación diplomática de México quien promovería la discusión del tema de los derechos humanos, pues 13 de las veinte Repúblicas latinoamericanas estaban gobernadas por regímenes militares. El tema del respeto a los derechos humanos cobraría entonces mayor vigencia. Hasta el año 2000 a México se le vio actuar con cierto pragmatismo, apelando a su tradicional política de principios, como correspondería a un país débil fronterizo con los Estados Unidos. No obstante, los gobiernos de México y Venezuela han venido protagonizado nuevos desencuentros diplomáticos y se han lanzado ya amenazas de ruptura.

Sin duda, el estudio de Felicitas López Portillo muestra que las relaciones de ambos países siempre han sido de enorme interés, dada su importancia histórica e influencia moral ejercida en América Latina, pero además, y con esto concluye la autora, en el balance de la historia de las relaciones entre México y Venezuela han prevalecido los largos periodos de una serena amistad tenida desde antaño.

Leticia Bobadilla González
Instituto de investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

